

Miércoles Santo

Carta a los sacerdotes

Nuestras necesidades pastorales más urgentes y prioritarias

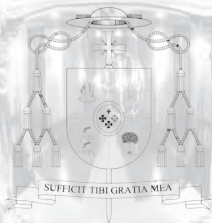


Monsieur Gerardo Melgar Viciosa
Obispo Prior de Ciudad Real

Miércoles Santo

Carta a los sacerdotes

Nuestra necesidades pastorales
más urgentes y prioritarias



Monseñor Gerardo Melgar Viciosa
Obispo Prior de Ciudad Real

Edita: Diócesis de Ciudad Real
c/ Caballeros, 5 • 13001 Ciudad Real
Tel.: 926 250 250
Fax: 926 251 258
Correo electrónico: obispado@diocesisciudadreal.es
Web: www.diocesisciudadreal.es
Diseño y Maquetación: Delegación Diocesana de Comunicación.
Depósito Legal: CR 418-2018

© Todos los derechos reservados

Saludo e introducción

Queridos sacerdotes:

La verdad es que esta reflexión que os ofrezco, es una reflexión que yo he hecho para mí mismo, pero cuando la he terminado de hacer me ha parecido que a los sacerdotes también os puede ayudar a que la hagáis vosotros y para vosotros. Por ello, os la ofrezco.

A la hora de hacérosla llegar he creído que, nada mejor que entregárosla el Miércoles Santo, día en el que celebraremos la Misa Crismal, en la que renovaréis vuestras promesas sacerdotales.

Ojalá que esta reflexión os ayude, y junto con la renovación de la promesas sacerdotales, os impulse a renovar en vosotros la búsqueda de este nuevo estilo de vivir el ministerio sacerdotal que nos están pidiendo los nuevos tiempos que corre-

mos, la nueva sociedad en la que vivimos y el nuevo hombre que ha surgido de todos los cambios que se han producido en los últimos decenios.

Las enseñanzas del papa Francisco, en casi todas sus intervenciones y de manera especial en su exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, nos sitúan ante un nuevo modo de evangelizar, ante la realidad del profundo y radical cambio que se ha producido en nuestra sociedad. No se cansa de repetirnos que ante un cambio tan profundo y radical, nosotros, desde nuestra tarea pastoral, no podemos hacer lo de siempre, sino que desde nuestra creatividad y la luz del Espíritu, hemos de buscar nuevas forma, modos, lenguajes, etc., que nos permitan llegar al hombre actual y ofrecerle el mensaje salvador de Cristo.

Por otra parte, la realidad de nuestras parroquias y de los fieles de las mismas, nos enfrenta con la realidad de que cada día son más los que son indiferentes, los no creyentes, los que no valoran a Dios ni su mensaje, y que, por lo mismo, no pisan nuestras iglesias y viven como si Dios no existiera. Y aquellos que siguen acudiendo a las mismas, son, en su mayoría personas mayores, dándose una ausencia total de los jóvenes en general y de los matrimonios de edades comprendidas entre 30 y 60 años.

En tercer lugar, está el cambio tan radical que se ha producido en nuestro mundo, en nuestra

sociedad, en nuestras familias y en las personas en los últimos decenios, y que ha originado la aparición de un hombre nuevo, con una nueva manera de ver la cosas, con unos nuevos valores por los que se siente atraído.

Teniendo en cuenta estas tres realidades anteriormente descritas, y que la Iglesia actual está llamada a evangelizar al hombre de hoy, a este hombre nuevo, con esas características nuevas y esa forma nueva de ser y de situarse frente a los valores, con un prisma nuevo desde donde ver las distintas realidades, he creído necesario hacer una reflexión que me sirva para mí en primer lugar, y para ofrecérsola a todos vosotros, queridos sacerdotes, con la intención de que os pueda ayudar a revisar cómo, desde nuestra pastoral y nuestra forma de evangelizar, estamos respondiendo a dicha novedad radical del hombre y de la sociedad y poder descubrir y contrastar si realmente, con nuestra acción evangelizadora, tal como la llevamos a cabo, podemos decir que el Evangelio sigue siendo respuesta válida a esta situación nueva, a este hombre nuevo y a los interrogantes y problemas que dicha novedad plantea.

Desde esta reflexión personal, y teniendo como base de la misma esos tres aspectos, me he preguntado por las necesidades principales que debemos cultivar y desde las que hemos de responder los evangelizadores y como evangeliza-

dores, y en qué medida estamos respondiendo a las nuevas situaciones y nuevos problemas que plantea toda esta novedad tan radical del hombre y de la sociedad que ha surgido.

Mi reflexión, lógicamente no tiene citas, porque es la reflexión de un obispo, de un pastor de esta diócesis de Ciudad Real, que movido por el ardor que prende en su corazón de pastor, ha ido descubriendo toda una serie de necesidades a poner en marcha y vivir en el ejercicio y desarrollo de nuestra misión evangelizadora para llevar a Cristo y su mensaje a toda esa novedad que nos ha llegado y ha inundado toda nuestra vida, para que Cristo y su mensaje salvador tengan la fuerza necesaria, porque llega al corazón del mundo, para transformar el mundo actual y lograr que el ser humano logre descubrir a Cristo y su mensaje, como la respuesta auténtica a sus problemas, interrogantes y dudas.

Os lo ofrezco a todos para que, desde las necesidades a las que hago referencia como necesarias a impulsar y vivir en nuestra acción evangelizadora, podamos examinar si nuestra evangelización y nuestro estilo y talante de evangelizadores están realmente, respondiendo a las exigencias que la evangelización de este nuevo ser humano, que ha surgido de estas familias con una nueva forma de entender y vivir su realidad familiar, y de esta nueva sociedad con nuevos valores, está respondiendo a las necesidades que ellos sien-

ten para ser hoy personas y familias cristianas, o desde estas necesidades nos sentimos llamados a cambiar de manera de vivir, de manera de ser y de manera de evangelizar.

Principales necesidades del evangelizador para la evangelización del hombre actual, surgido de los cambios radicales de la sociedad y del mundo y de su actitud frente a Dios y la fe

Todos tenemos conciencia de que estamos ante un tiempo nuevo y ante un ser humano radicalmente cambiado. Algunos hablan, incluso, de una nueva época, con unas nuevas características y estilos de ser y de vivir y, desde luego, ante un ser humano nuevo que se ha situado de cara a la fe de manera también radicalmente nueva.

Los valores tradicionales han dejado de ser algo realmente atractivo para el nuevo ser humano que ha surgido de esos cambios sociales, humanos, culturales, y religiosos, dejando paso a otros valores que configuran y definen al hom-

bre actual, dejado llevar por la llamada de la mundanidad y la sociedad del bienestar

El Dios de Jesucristo ha sido sustituido por otros dioses o diosillos como el tener, el poder, el gozar a costa de lo que sea, el cuidado de la imagen, etc.

La fe y la voluntad de Dios, que en otros momentos era la que marcaba la norma principal de conducta y de comportamiento del ser humano en su actuar diario, han sido sustituidos por la independencia total y la negación del ser superior, para proclamarse el hombre a sí mismo dios de sí mismo y único legislador, que dicta sus propias normas de comportamiento y sus leyes guiado por este modo de razonar: puedo, quiero, lo hago.

Valores tan importantes como la familia, la fidelidad, el amor y respeto a los padres, se han sustituido por el amor a la familia por lo que se recibe de ella: sustento, ayuda, compañía para no estar solo, etc., pero se han olvidado otros valores fundamentales como son: la transmisión de la fe de unas generaciones a otras, que se hacía realidad y de forma natural a través de la institución familiar, la responsabilidad con la que los hijos se sentían llamados a cuidar a los padres ancianos por lo mucho que ellos habían dado y hecho por ellos, la fidelidad y el respeto entre los esposos. El divorcio y las rupturas matrimo-

niales, que se han apoderado y han invadido la realidad matrimonial y hablan, por sí solas, de la no estabilidad ni indisolubilidad del mismo, y se admite como algo normal e inevitable en la vida de las parejas y de los matrimonios, aunque siempre signifique, por otra parte, un fracaso en su vida, porque nadie se casa para separarse.

La unión de estos tres elementos: familia, parroquia y escuela, que en otros momentos eran tres instituciones al servicio de la transmisión y el cultivo de la fe, orientadas hacia un mismo fin, ofreciendo una verdadera educación integral a los niños, adolescentes y jóvenes, ya no existe.

Los padres no saben cómo educar hoy a los hijos y han perdido los papeles en la exigencia y la autoridad con ellos, en inculcarles la necesidad de renuncia y sacrificio como medio de lograr de ellos personalidades fuertes, que les prepare para enfrentarse a la dureza de la vida, dejándose llevar, tantas veces, por la esclavitud y la tiranía de los hijos que quieren cambiar los papeles y que sean los padres los que les obedezcan, amenazándoles con marcharse de casa o hacer determinadas cosas que a los padres les aterra.

La educación en general, y mucho más la educación en la fe, es algo que hoy no les preocupa a muchos padres, ni poco ni mucho ni nada. Es algo que les sobrepasa porque no saben cómo

hacerlo, porque nadie da lo que no tiene: la formación, y especialmente la fe. A muchos padres les falta formación y la fe y en otros es tan débil que difícilmente son capaces de comunicarla, porque mal van a poder transmitir algo que a ellos les falta y que ellos no viven, ni están interesados en ello.

El hombre actual no valora la fe en el Dios de Jesucristo. En su vida valora, más bien, otros diosillos como el dinero, que para muchos es el único móvil de su actuación, el poder, el gozar, la buena imagen y un largo etc. Valores distintos, y contrarios en muchos casos, a los que la fe y Dios le proponen.

Fruto de esta no valoración de Dios en su vida, es que Dios como tal, y la fe en Él, tiene muy poca importancia para muchos, y para otros ninguna, tanto para vivirlo personalmente, como para hacerlo realidad e inculcarlo en familia.

El ser humano actual, llevado por el ambiente de una sociedad del bienestar, busca lo suyo, su comodidad, su placer, su..., su..., y se olvida de los demás que están y existen junto a él convirtiéndose en un ser individualista y egoísta. Dominado por la mundanidad, vive para el mundo, desde el mundo, y según el modelo del mundo, preocupándose casi en exclusiva de su vida aquí y ahora, y negándose a pensar y prepararse para

una vida futura, más allá de este mundo, cuando este termina y su estancia en el mismo también.

Fruto de este seguimiento de la pura mundanidad y de la búsqueda de lo que le ofrece la sociedad del bienestar es el rechazo en su vida a todo lo que suene a sacrificio, renuncia, privación de lo que sea, y su tendencia a vivir una vida al margen de Dios, como si Dios no existiera, constituyéndose, al mismo tiempo a él mismo, como auténtico Dios de sí mismo, que se dicta sus propias leyes y solo a ellas obedece.

Este nuevo tiempo, esta nueva época y esta nueva forma de ser y situarse del ser humano, nos plantea una pregunta a la que debemos responder como evangelizadores de este hombre nuevo, en un mundo nuevo y en una nueva época: ¿Nuestra acción evangelizadora, tal como la tenemos planteada y como la llevamos a cabo y hacemos realidad, creemos que responde a los nuevos planteamientos, interrogantes y problemas de este modelo nuevo de ser humano actual?

La contestación a esta pregunta suscita en nosotros otras o al menos otra sobre lo que necesitamos cultivar como evangelizadores, las necesidades que deberíamos hacer realidad en nuestra tarea evangelizadora, para poder responder al hombre actual y para presentarle la persona de Cristo y su mensaje salvador, como

el único que puede dar respuesta auténtica a sus planteamientos, problemas e interrogantes más profundos.

A la hora de responder a esta cuestión de si estamos respondiendo o cómo podemos responder a los planteamientos, problemas e interrogantes de este hombre nuevo, nos viene a la mente todo un conjunto de necesidades personales y como evangelizadores, ante las cuales tenemos que pararnos y meditar en profundidad en ellas, para comprobar cómo las estamos viviendo y cómo deberíamos vivirlas para lograr ser esos evangelizadores que esta nueva situación, esta nueva sociedad y este nuevo hombre que ha surgido está necesitando.

Necesidades a impulsar y revisar en nosotros

1. Necesitamos que nuestra fe, como evangelizadores, sea tan fuerte y madura en nosotros, que sea el único móvil que mueva toda nuestra vida y nuestras actuaciones y, por lo mismo, necesitamos revisar nuestra fe personal para ver si es lo suficientemente fuerte, madura y auténtica, como para poder comunicarla a los demás.

Los obispos y los sacerdotes solemos ser muy propensos a revisar la fe de los demás o ayudar a los demás a que la revisen, pero la nuestra la damos por supuesto, bien porque creemos que no lo necesitamos, bien porque nos da miedo descubrir y comprobar que, tal vez, necesitamos que sea más auténtica.

Por supuesto que nuestra fe es una realidad importante en nuestra vida, de lo contrario no sería posible mantener y vivir nuestra identidad sacerdotal, pero eso no quiere decir que no ten-

gamos que pararnos muchas veces y hacernos algunas preguntas que nos ayuden a que cada día sea más auténtica:

¿Cómo está siendo mi fe? ¿Es la fe el móvil primero y más importante que mueve mi actuar o siento que estoy movido por otras motivaciones distintas de la fe?

¿Mi fe es lo suficientemente fuerte, madura e importante en mi vida como para ser ella la que da auténtico sentido a todo lo que hago y no busco el sentido en otras motivaciones que tienen bien poco que ver con la vida de fe, e incluso son obstáculo para que mi fe sea auténtica?

¿Mi motivación principal a la hora de actuar en el día a día es realmente la de la fe?

¿La motivación para actuar de una forma concreta es una motivación que nace de la vivencia de nuestra vida cristiana, de nuestra exigencia vocacional, de nuestra fidelidad a nuestra identidad de evangelizadores, o está salpicada de mundanidad?

La fe que necesita el evangelizador actual es, y debe ser, una fe madura, auténtica, que sea el motor de sus acciones y de su estilo de vida. Por eso es tan importante que revisemos y pongamos a punto nuestra fe como medio esencial e imprescindible para llegar, como evangelizado-

res auténticos, a las necesidades y problemas e incluso al mismo corazón del ser humano actual.

2. Necesitamos alimentar nuestra fe. La fe es una vida que hemos de vivir, pero si es una vida, hemos de alimentarla para que siga viva porque, de no ser así, terminará muriéndose.

Este principio que hemos dicho tantas veces a nuestros fieles, es igualmente válido y valioso para nosotros como evangelizadores.

La fe la alimentamos, ellos y nosotros, por muchos medios, pero dos son especialmente importantes: la oración y los sacramentos.

Desde la oración reconocemos nuestra impotencia y nuestra pobreza para cumplir nuestra importante tarea de vivir y transmitir la fe en Jesús a otros por medio de nuestra palabra y de nuestro testimonio de vida.

Por la oración estamos reconociendo a Cristo como el señor de nuestra vida, como quien sostiene nuestra vida y nos mantiene en el cumplimiento de la misión que Él mismo nos ha encomendado y, por lo mismo, estamos reconociendo la necesidad de que Él ocupe el puesto más importante en nuestra vida.

Adorarlo a Él en la oración y desde la oración, es reconocerlo como el único Dios y señor de

nuestra vida, el Dios de nuestra historia que tiene como consecuencia y exigencia despojarnos de los ídolos, pequeños o grandes, que tantas veces vemos que tenemos a los que rendimos culto. Así lo expresa el papa Francisco en la homilía del tercer domingo de Pascua el 14 de abril del 2013.

La oración es el espacio privilegiado de nuestra vida para llenarnos de Dios y poder así llevarlo a los demás. Es ese contacto directo con Cristo de quien, desde la contemplación de su actuar y de sus enseñanzas, aprendemos cómo actúa, cómo vive, cuáles son sus prioridades y opciones preferenciales, que también tienen que ser las nuestras como seguidores suyos.

La oración es ese espacio importante de nuestra vida de seguidores de Jesús, y evangelizadores de su pueblo santo, en el que desahogamos nuestro corazón de las luchas de cada día, los logros y las dificultades, y lo llenamos de lo que Dios nos pide que vivamos. Es la fuente de donde brota el agua fresca que refresca y rejuvenece nuestra vida cristiana y apostólica.

Sin la oración, fácilmente nuestra fe se marchita y nuestra vida apostólica languidece y pierde su vigor. En nuestro ministerio empezamos a no ver sentido a lo que hacemos y vivimos o nos lleva vivirlo con tristeza, con descontento y cansancio continuo.

La oración nos hace entender y vivir que el Señor camina a nuestro lado y que es Él quien hace fructificar en nosotros las obras de nuestras manos y de nuestro trabajo pastoral, y percibimos el interés que el Señor tiene por nosotros, por nuestras preocupaciones pastorales y por nuestros empeños evangelizadores en nuestro ministerio sacerdotal.

Una vida intensa de oración nos hace mantenernos bien enraizados en Cristo y vivir nuestro ministerio con alegría, generosidad y elegancia, porque en ella contemplamos el modelo al que tenemos que imitar en nuestra vida y de ella salimos con fuerza renovada para luchar por lograrlo.

La oración alimenta nuestra vida de fe, de tal manera que cuando nos falta, nos está faltando un nutriente fundamental para nuestra vida de fe y para nuestro ministerio sacerdotal.

Si queremos mantener viva nuestra fe y renovar cada día la frescura de nuestro ministerio evangelizador, tenemos que mantener vivo nuestro contacto directo con Dios. La oración no puede ser la hermana pobre de toda nuestra actividad pastoral, porque ella es la primera actividad pastoral, la que da frescura a todas las demás acciones pastorales y evangelizadoras.

Junto con la oración, hemos de alimentar nuestra fe con los sacramentos, en especial, con la Eucaristía y la Penitencia.

En la Eucaristía porque, por medio de la Palabra de Dios, el Señor nos muestra el camino y el estilo de vida que hemos de vivir. Por medio del alimento de su Cuerpo y de la Sangre, el Señor nos fortalece y nos alimenta y nos da fuerzas para lograr vivir aquello que nos muestra en su Palabra.

La Eucaristía debe ser el centro de nuestra vida sacerdotal y apostólica. En virtud de su ordenación sacramental, el sacerdote está ordenado a la Eucaristía de una manera peculiar y distintiva. Desde el punto de vista sacramental representa a Jesucristo quien, a través de su misterio pascual, se convirtió en Eucaristía y sigue alimentando a su Iglesia con su cuerpo glorioso.

Dice el Concilio Vaticano II: el sacerdote ordenado «realiza como representante de Cristo el sacrificio eucarístico y lo ofrece a Dios en nombre de todo el pueblo» (*Lumen gentium*, 10). El ministerio sacerdotal no se limita a la celebración eucarística en un sentido estrictamente cultual. Más bien, la Eucaristía centra y orienta toda la vida y todo el ministerio del sacerdote. Todo lo demás proviene de ella y a ella vuelve.

En la Eucaristía actualizamos el sacerdocio de Cristo que ofrece su vida entera al Padre en

el sacrificio de la cruz y, en ella, los sacerdotes ofrecemos nuestra propia vida, al tiempo que presentamos a Dios la ofrenda de la vida de los miembros de la comunidad. No tenemos que olvidar que en la Eucaristía ejercemos, a la vez, el ser representantes de Cristo Cabeza y Pastor y el ser representantes de la Iglesia. ¡Cuántas gracias debemos dar a Dios por llamarnos a ser ministros de la Eucaristía y con cuanto esmero y devoción hemos de celebrarla!

Vivir el sacerdocio ordenado a la luz de la Eucaristía significa redescubrir el corazón místico de la vida y del ministerio sacerdotal. Jesucristo, realmente presente en la Eucaristía, cabeza que da vida a su Cuerpo, la Iglesia, es el origen y el fin de la existencia sacerdotal.

El sacerdote debe ser un gran adorador de Cristo presente en el sagrario. En él, Cristo está sacramentalmente presente para que sepamos dónde encontrarlo, para que podamos descansar delante de Él y podamos desahogarnos, contándole todos nuestros logros y dificultades, nuestras tristezas y alegrías, y pidiéndole que siga estando a nuestro lado, dándonos su ayuda y su gracia, sabiendo que nos escucha. Estos ratos ante el Santísimo nos sirven para salir renovados y con ganas de seguir dando todo lo que somos y tenemos en favor de la tarea evangelizadora que Él ha dejado en nuestras manos.

El sacramento de la Penitencia es también absolutamente necesario para alimentar nuestra fe.

Nosotros somos pobres y débiles y ¡tantas veces nos equivocamos de camino o nos sentimos paralizados ante las dificultades! Entonces, sentimos la necesidad de seguir sintiendo al Señor cerca de nosotros, que nos ofrece su perdón y nos anima a reemprender el camino. Necesitamos, en esos momentos, acercarnos al perdón que Dios nos ofrece en el sacramento de la Penitencia y sentirnos perdonados, abrazados por el Señor que se alegra de nuestra reconciliación y nos da su gracia para seguir con ilusión, a pesar de nuestros fallos y pecados, el camino por el que Él nos ha enviado al mundo a hacer realidad su misma misión.

Es muy importante que como creyentes que somos, experimentemos la misericordia y el perdón de Dios con nosotros para que como ministros del perdón de Dios, nos sintamos llamados a ser misericordiosos con los demás, como él lo es con nosotros.

En la recepción del perdón de Dios en el sacramento de la Penitencia, el Señor nos ayuda con la gracia del sacramento a vivir nuestra fe, a renovar nuestra esperanza y a vivir la caridad y la misericordia con los hermanos. A comenzar de nuevo, con la alegría de haber sido perdonados.

dos, la misión que el Señor nos ha confiado de ser ministros de su perdón para los demás.

Tanto con la recepción personal del sacramento del perdón, como con la administración del mismo a los demás, estamos confesando nuestra fe en Dios, que es Padre misericordioso, capaz de compadecerse de las miserias y pecados de los hombres. Por eso debemos acercarnos frecuentemente, como penitentes a este sacramento, y ofrecer todas las facilidades posibles para que los demás puedan acercarse a recibirlo y experimentar el amor misericordioso de Dios con ellos.

3. Tanto desde nuestra identidad de discípulos y seguidores de Jesús, como por nuestra misión evangelizadora y misionera como sacerdotes, necesitamos volver al amor primero y a renovar nuestro ardor evangelizador y misionero de nuestros primeros tiempos de sacerdotes.

Necesitamos volver al amor primero porque el paso de los años, el habernos acostumbrado a ser lo que somos, la rutina de vivirlo cada día, han ido dejando huella en nosotros. Sentimos que aquel amor primero a Cristo y el ardor por el cumplimiento ilusionado de la misión que Él nos ha encomendado, poco a poco ha ido cediendo en intensidad e ilusión y se ha ido convirtiendo en tibieza.

Nuestra entrega total a la tarea evangelizadora nos está pidiendo que cada día estemos más enamorados de Cristo, porque solo si estamos enamorados de Él y su mensaje, nuestra entrega será total, sin guardarnos nada para nosotros mismos, ni espacios ni tiempos. Solamente una persona enamorada es capaz de entregarse por entero a la persona de la que está enamorada.

El paso del tiempo, la rutina, el habernos acostumbrado a ser sacerdotes, las muchas actividades que tenemos que llevar adelante, las muchas dificultades que nos encontramos en el camino, etc., a veces, han enfriado nuestra entrega a la misión evangelizadora, y ya no arde en nosotros el fuego de la ilusión y de la entrega total que tuvimos.

Se hace necesario volver hoy a saber soñar despiertos en la fuerza de nuestro sacerdocio, en nuestra entrega sin reserva y en la ilusión de convertir el mundo, y a los hombres y mujeres que el Señor nos ha confiado, de tal manera que nuestro soñar despiertos y nuestra ilusión, nos ayuden a renacer el ardor evangelizador que quemaba nuestras entrañas en los primeros tiempos de nuestra vida sacerdotal que nos impulse cada día de nuevo al mundo, llenos de entusiasmo misionero, a ofrecer el mensaje salvador a tantos que hoy siguen necesitándolo.

Para lograr reavivar este fuego evangelizador que abrase nuestro corazón hoy, que nos lleve a estar dispuestos a entregarnos por entero a la misión evangelizadora que el Señor nos ha confiado. Es necesario no conformarnos con lo que tenemos, no aceptar la situación de nuestro mundo como algo que es así y que no se puede hacer nada más, ni quedarnos en una conformidad paralizante con la realidad que vivimos. Tampoco perder nunca la esperanza de que podemos hacer mucho por cambiar la situación actual, no quedarnos sumidos en la tristeza y nada más o en el desconcierto general porque creemos que no se puede hacer nada, o no sabemos qué hacer, porque no obtenemos los resultados que deseábamos.

Hoy más que nunca, es necesario recordar que no estamos solos, sino que estamos convencidos que el Señor cumple su promesa y nos vuelve a decir: No os preocupéis «Yo estoy con vosotros, todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28, 20). La fuerza de Dios es mucho mayor que nuestras dificultades. Es verdad que solos no podríamos ni llegaríamos a ninguna parte, pero con el Señor a nuestro lado y con nosotros, lo podemos todo, como decía san Pablo: «¿Quién nos separará del amor de Cristo?, ¿la tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿el peligro?, ¿la espada?; Pero en todo esto vencemos de sobra gracias a aquel que nos ha amado (Rom 8, 35.37).

La evangelización de este hombre nuevo está pidiendo de nosotros como evangelizadores, esa vuelta al amor primero, a aquel primer ardor que nos llenaba de ilusión por ganar el mundo para Cristo, nos inundaba y nos comprometía, para que también hoy sea ese mismo amor y ese mismo ardor evangelizador quien nos mueva a entregarnos por entero a la misión que Cristo nos ha confiado de llevar su mensaje salvador al corazón del mundo.

4. A la hora de llevar adelante nuestra tarea evangelizadora y misionera, aquí y ahora, en este mundo nuevo, necesitamos ser valientes testigos de Jesús y de su Evangelio en la iglesia y en el mundo.

Hoy necesitamos, como lo necesitaron aquellos primeros discípulos de Jesús, de la acción del Espíritu Santo en nosotros, que nos transforme de discípulos llenos de miedo, de sacerdotes a veces acoirazados que predicamos el mensaje de Jesús, casi pidiendo perdón por hacerlo, en testigos valientes, de palabra y con nuestra vida, en la Iglesia y en el mundo, convencidos de que anunciamos el mejor mensaje que el ser humano puede recibir y el que más necesita.

Testigos de Jesús y su mensaje salvador en la Iglesia para que otros, que ya pertenecen a la Iglesia por estar bautizados pero que no tienen la fuerza de vivir según el modelo que nos ofre-

ce Cristo, sino desde el modelo que les ofrece el mundo. Que ante nuestro testimonio valiente de seguidores, discípulos, evangelizadores y misioneros, se sientan animados, apoyados y estimulados a vivirlo.

Testigos de Jesús en el mundo. Un mundo que ha prescindido de Dios, aunque Él está presente; que se niega a reconocer su presencia en un ambiente lleno de indiferencia y en el que hay tantas personas que viven como si Dios no existiera; ante el testimonio de nuestra vida cristiana vivida en toda su exigencia y nuestro ministerio lleno de autenticidad y entrega, se sientan interpelados y traten de encontrarse con Jesús, como el único que puede llenar su vida y dar respuesta auténtica a todos sus interrogantes más profundos.

De esta fe vivida, desde el alimento de la misma en la oración y los sacramentos, desde nuestro esfuerzo por ser para los demás un verdadero testimonio creyente y evangelizador, es desde donde podemos cimentar y mantener nuestra ilusión y nuestra entrega sacerdotal.

5. Hoy necesitamos renovar cada día la ilusión sacerdotal con la que estrenamos nuestro ministerio, una ilusión que nos haga soñar despiertos en ganarnos el mundo para Cristo.

Hoy es necesario que no permitamos que las dificultades nos roben la ilusión sacerdotal. Es posible que las dificultades sean muchas, pero precisamente porque sentimos que las dificultades nos pueden desanimar o disminuir nuestra ilusión por la evangelización, por llevar el mensaje salvador de Cristo al hombre y al corazón del mundo actual, que decía san Juan Pablo II, tenemos que mantenerla viva y hacer todo cuanto esté en nuestra mano para que sea cada vez mayor y nos lleve a renovar cada día nuestras ganas de trabajar con ahínco y constancia en acercar al hombre a Dios y a Dios a al hombre.

Tenemos que ser conscientes de que nos sentimos rodeados de muchas circunstancias por las que podemos caer en la desilusión sacerdotal:

- porque ponemos mucho esfuerzo y trabajo y los resultados no son, tal vez, los que esperábamos;
- porque no vemos con claridad por dónde hacer camino en nuestra tarea;
- porque tendemos a quedarnos lamentándonos de nuestra incapacidad;
- porque podemos tener la sensación de que el mensaje que transmitimos, a pesar de ser tan importante, sin embargo, al ser humano actual no le interesa, y un largo etcétera.

Pero una cosa son las dificultades, y otra los imposibles. Dificultades siempre las ha habido,

o ¿creemos que les fue más fácil a los Apóstoles y a los evangelizadores de otros tiempos? La evangelización pide y exige, de quien la transmite y de quien recibe la llamada, una verdadera conversión del corazón, un cambio de dirección y una transformación radical.

Si queremos que las dificultades no minen ni nos roben nuestra ilusión sacerdotal, evangelizadora y misionera, tenemos que estar bien enraizados en Cristo y alimentar nuestra fe en Él, tomando conciencia cierta de que no estamos solos, que Él está con nosotros todos los días hasta el fin del mundo (Cfr. Mt 28, 20) y, como decía san Pablo: «Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros» (Rom.8, 31).

Hemos de insertar mucho más a Dios en nuestra tarea evangelizadora, convencidos de que es para Él para quien trabajamos, que es en su viña donde trabajamos y que es el quien debe hacer fructificar la obra de nuestras manos.

Hemos de evangelizar olvidándonos del narcisismo, y hacerlo como quien transmite lo que el Señor le pide y como el Señor le pide. No para mantener nuestra buena imagen delante de la comunidad y para que los demás valoren nuestra persona, nuestro trabajo y a nosotros o para quedar bien ante ellos. Debemos evangelizar aunque el cumplimiento de nuestra misión nos lleve a ir a contracorriente, aunque haya gente que no nos entienda, que nos critique y hable incluso mal de nosotros.

No hemos sido llamados para predicarnos a nosotros mismos, sino al Señor y su mensaje salvador. El Señor nos ha llamado para transmitir a los demás lo que Él nos ha enseñado, aunque su estilo de vida y su mensaje a veces choque frontalmente con la mentalidad reinante entre los hombres y mujeres de nuestro tiempo. No hemos sido enviados para que cultivemos nuestra buena imagen, sino para que mostremos a estos hombres y mujeres que el Señor nos ha encomendado el verdadero camino que lleva a la salvación, a Jesús, que es camino, verdad y vida (Cfr. Jn 14, 6).

Hemos recibido una misión de parte de Dios para mostrar el camino de la salvación a todos los hombres. A los de cerca y a los que están lejos de nosotros y de nuestras iglesias.

A los de cerca para que avancen en la vivencia, cada día más auténtica, de su fe. Tenemos que ser conscientes de que entre los que están cerca de nosotros y de nuestras iglesias, hay muchas personas que viven un cristianismo acomodado, anodino, hecho a la medida de cada cual, que no llama la atención de nadie, un cristianismo descafeinado y sin prácticamente vida, reducido a mínimos muy mínimos.

A todos estos debemos presentarles lo que es y pide un seguimiento auténtico de Cristo, un seguimiento auténtico de discípulos y según el

modelo que Cristo nos ofrece; que exige cambio radical de vida y de estilo de vivir, según el estilo de vida de Jesús.

Entre los que están cerca de nosotros y de nuestras iglesias existen, como no, personas que quieren ser verdaderos seguidores del Señor con todas las consecuencias. A ellos debemos animarlos a avanzar en su vida cristiana y en el testimonio que deben dar ante los demás, para que cuando les vean vivir y actuar los demás, estos se sientan interpelados por el testimonio que dan y como ellos se animen a seguir a Jesús y su mensaje.

También existen en nuestro mundo, en nuestra sociedad y en nuestras parroquias, personas que están lejos del Señor y de la fe; personas a las que la indiferencia por todo lo religioso se ha apoderado de ellos y dominados por las llamadas de la mundanidad a la comodidad, a valorar solo lo material, a rendir culto al dinero, al poder y al gozar, a costa de lo que sea; se han olvidado del Dios verdadero y viven como si Dios no existiera.

A estos somos enviados a volver a hacerles el *primer anuncio*, a recordarles que Dios los ama y se interesa por ellos y quiere que ellos también se interesen por Él y le permitan entrar en su vida; que se dejen querer por Él y le abran su corazón para que Dios pueda hacer también maravillas en ellos.

A estos no podemos esperarlos sentados en el sillón del despacho ni en nuestras sacristías, porque no van a acudir. Es necesario que salgamos a buscarlos para conocer sus problemas y hacerles la oferta del amor de Dios, desde el ofrecimiento, sin cansarnos, de su mensaje salvador.

Ha llegado el momento de salir de nuestras sacristías y despachos y llevar la Iglesia, la parroquia, a las casas. Debemos buscar a tantos y tantos a los cuales no vemos nunca por nuestras iglesias, por nuestras parroquias, para ofertarles un camino bien concreto que les ayude a entender la necesidad que tienen de Dios y de su mensaje para llenar de verdad su vida.

No podemos conformarnos, sin más, con que haya tantas personas que son totalmente indiferentes a Dios y su mensaje, no podemos resignarnos a que esto es así, ni pensar que no se puede hacer otra cosa que resignarse.

Esta realidad debe, en primer lugar, preocuparnos y, además, movernos a ensayar modos de llegar a ellos, porque también a ellos nos ha enviado el Señor para que les ofrezcamos el Plan de Salvación que Dios tiene sobre todos.

6. Desde esta preocupación, y desde el convencimiento de que algo debemos hacer para que esta situación cambie y no siga siendo así sin más remedio, necesitamos poner en juego y

en actuación nuestra creatividad como evangelizadores y agentes de evangelización, algo de lo que, cada uno en solitario, difícilmente podemos lograr.

Esta creatividad pide de nosotros, de todos los agentes de la evangelización, un trabajo que sea mucho menos de francotiradores y mucho más comunitario, mucho más en equipo, más coordinado, en el que demos mucha importancia al arciprestazgo como hogar y taller de la acción pastoral y de la actividad evangelizadora y misionera.

El arciprestazgo debe ser hogar, porque es el lugar en el que compartimos alegrías y esperanzas, dificultades y problemas. Debe ser también taller, de donde, en una reflexión comunitaria y de equipo, debemos sacar las nuevas iniciativas a poner en marcha en nuestro quehacer pastoral para poder llegar a todos.

Para poder llegar a los de lejos, a esos que no tenemos en nuestras iglesias, que no vemos en nuestras parroquias, es muy necesario abandonar el clericalismo que tantas veces nos invade. El sacerdote no tiene que estar *en todos los guisos*, sino que debe dar cancha auténtica a los laicos y a su capacidad para evangelizar, a la vez que los laicos deben tener más confianza en sí mismos y no requerir que siempre esté el sacerdote para todo, como si ellos no fueran capaces.

Como sacerdotes no podemos seguir siendo francotiradores que luchan en solitario, que planteamos y ejecutamos lo planteado nosotros solos, porque, al final, tenemos la sensación real de que solos no hemos llegado a ninguna parte. Hemos de llamar, formar y animar a los laicos a que ejerzan su corresponsabilidad en la tarea evangelizadora, especialmente en los campos que les son propios.

La tarea de los sacerdotes con relación a los laicos debe ser la de prepararles, formarles y animarles para que se comprometan y desarrollen su corresponsabilidad en los ambientes y en los campos que les son propios y específicos suyos.

Si queremos, como Iglesia, adentrarnos en los ambientes a donde no llegamos nosotros como sacerdotes, conocer los problemas que existen, las necesidades que tienen y desde donde ofrecerles a Cristo como la respuesta auténtica a los mismos, necesariamente tenemos que plantear y hacer una acción pastoral y evangelizadora comunitaria, en la que los laicos desarrollen su misión de *ordenar las realidades temporales* según Dios.

Los obispos españoles, en su exhortación *Los cristianos laicos, Iglesia en el mundo* afirman con toda claridad en la última frase de la misma: «La nueva evangelización, o se hace por laicos o no se hará» (CLIM n.º 148).

La creatividad pastoral reclama de todos nuestros consejos pastorales, ya sean diocesanos, arciprestales o parroquiales, no ser organismos muertos, sino llenos de vida y operativos, a los que se trae la problemática de la calle y de los distintos sectores de la diócesis, del arciprestazgo o de la parroquia, se estudia en ellos el camino a recorrer para evangelizar dichos sectores y ofrecer una respuesta válida a los diversos problemas; para volver, de nuevo a la calle, para ofertar y acompañar en el recorrido de dicho itinerario y poner en práctica las respuestas que se hayan descubierto para responder a los diversos problemas analizados.

Esto es necesario llevarlo adelante porque nuestro mundo, nuestra sociedad, nuestras parroquias y las personas que las integran han cambiado tan radicalmente que nosotros, como evangelizadores no podemos seguir haciendo lo mismo de siempre, como si nada hubiera cambiado. Tendremos que encontrar nuevos caminos para seguir ofertando el mismo mensaje de siempre, porque este no cambia, con nuevos lenguajes, nuevas formas y nuevas estrategias que sean respuestas más ajustadas y adecuadas a las exigencias de esa nueva situación en la que estamos viviendo a todos los niveles.

Por experiencia sabemos que hacer lo de siempre porque siempre se ha hecho así, como dice el papa Francisco, hoy no sirve ni produce los fru-

tos que este nuevo mundo, sociedad y hombre nuevo que ha surgido, necesita.

Hemos de poner en marcha la maquinaria de la creatividad para ofrecer a este nuevo mundo, esta nueva sociedad y este nuevo hombre, que han surgido y que son tan radicalmente distintos a las de no hace mucho tiempo, algo que les ayude a encontrar respuesta a sus interrogantes y solución auténtica a sus problemas más profundos, en el evangelio y desde el Evangelio.

Necesitamos salir y visitar las familias, las casas de nuestros feligreses para conocerlos y que ellos nos conozcan a nosotros, para darles a conocer lo que la parroquia les ofrece a ellos y lo que espera de ellos. No conocemos a la gente que tenemos en nuestras parroquias, ni sus familias, ni sus casas, su problemática y sus necesidades. Tenemos que perder el miedo que actualmente nos invade de acercarnos a las casas de nuestros fieles porque pensamos que no nos van a abrir o porque vamos a ser mal recibidos.

Nos llevamos auténticas sorpresas cuando nos decidimos a visitarlos y comprobamos que la gran mayoría no solo no nos cierran la puerta ni nos reciben mal, sino que nos acogen con los brazos abiertos y nos agradecen nuestra presencia, nuestro interés y nuestra visita.

Existen muchos motivos y ocasiones en las que podemos hacernos presentes en las casas

de nuestros feligreses y acercarlos la parroquia a sus casas.

Los motivos para visitarlos pueden ser los siguientes:

- Para conocerlos y que nos conozcan.
- Para darles a conocer lo que se hace en la parroquia y lo que esta les ofrece.
- Para invitarles a participar en alguna acción parroquial y que muchos no conocen.
- Para acercar la parroquia a la gente.
- Para buscar a los que no vienen a la parroquia y ofrecerles algo que les ayude: grupos, voluntariados, etc.
- Para que ellos conozcan a los sacerdotes y a otros agentes de pastoral y comprueben que son personas cercanas y normales y no bichos raros.

Y existen muchas ocasiones en las que podemos hacernos presentes en las casas de los feligreses:

- Si han tenido un hijo y acudimos a felicitarlos.

- Si van a bautizar, impartiendo las catequisis prebautismales en sus casas.
- Si han tenido algún acontecimiento importante para ellos, bueno o malo, y queremos estar cerca.
- Con motivo de ofrecerles la formación de algunos grupos y su participación en ellos.
- Los catequistas, con motivo de informar a los padres sobre la catequisis de los hijos.
- Las celebraciones de las Bodas de Plata y de Oro del matrimonio.
- Las visitas a los enfermos y ancianos.

Además de estos motivos, también se puede plantear el párroco y el grupo de visitadores de las casas visitar cada curso unas calles o unos bloques, y poder hablar con cada familia

Estas visitas nos darán un conocimiento más concreto y acertado de las familias que tenemos y de las necesidades que tienen a nivel de fe; nos ayudarán a plantear nuestra tarea evangelizadora de una forma mucho más concreta y acertada y podremos responder a las distintas situaciones que las familias están viviendo a todos los niveles.

Yo sé que esta es una tarea incómoda y que lleva y ocupa tiempo, pero es una tarea muy necesaria hoy, especialmente para conocer a tantos que no vemos nunca por la parroquia y, desde luego, es una buena forma de llegar a todos, porque a todos hemos sido enviados a llevar el Evangelio. Podremos ofrecer la ayuda que desde la parroquia se tiene planteada y que les puede servir tanto a nivel humano como cristiano.

7. El momento actual de nuestra gente necesita que de parte de los evangelizadores tengamos una disponibilidad plena y absoluta, que hemos de mostrar en un triple sentido.

a. Disponibilidad para servir en todo momento a las personas que tenemos encomendadas sin reservarnos nada para nosotros, para nuestra distracción y para nuestros intereses personales. Esta disponibilidad incluye estar siempre en una actitud de acogida amable a los que acudan a nosotros sea cuando sea, aunque distorsiones nuestro descanso.

b. Disponibilidad para la tarea evangelizadora. Hemos de dedicar todo nuestro tiempo, nuestras energías y todo lo que somos y tenemos a cuanto exige la respuesta a la misión que el Señor nos ha confiado.

Debemos sentirnos expropiados por el Señor, para dedicarnos por completo a la misión que

el Señor nos ha confiado. Nuestra vida será auténtica, de verdad, si existe una total y plena disponibilidad para la misión que se nos ha confiado. Esta entrega a la tarea evangelizadora plena y total, está reñida con todo cuanto suene a profesionalismo o funcionarismo. No somos ni podemos ser funcionarios que dedican unas horas que les pagan y que el resto se lo reservan para ocuparlo en lo que ellos quieran, en sus intereses personales. Nuestra disponibilidad para la misión debe ser plena, total y absoluta.

c. Disponibilidad para desarrollar la misma misión donde la Iglesia, la Diócesis me necesite. Esta es, ni más ni menos, que la disponibilidad de destino que exige estar siempre abiertos y disponibles para ir donde la Diócesis me necesite en cada momento. No puedo afincarme en lo que ya conozco, donde me siento a gusto, que entra, como se dice hoy, en mi espacio vital de confort, sino que esta disponibilidad de destino me pide estar siempre dispuesto a ir a donde la Diócesis más me necesite, para seguir evangelizando, sirviendo a los hermanos y dedicándome por entero a la tarea evangelizadora, que el Señor me ha confiado, allí donde me necesite.

8. Hoy, para llevar adelante nuestra tarea evangelizadora, necesariamente necesitamos, si queremos responder a los interrogantes prin-

cipales del hombre actual, pararnos a hacer un discernimiento de las acciones que deben ser prioritarias en nuestra tarea evangelizadora, para llegar a este hombre nuevo y ofrecerle el mensaje de salvación.

Este discernimiento debemos hacerlo dando una auténtica prioridad a aquellas actividades y empeños destinados a hacer realidad el anuncio de Jesús y su mensaje, porque para ello hemos sido enviados.

En esta misma línea hemos de cuidar prioritariamente, aquellos planteamientos y actividades destinados a promover la evangelización de determinados sectores que tienen una fuerza grande y una importancia real para la evangelización de otras personas. Entre estos sectores que ejercen una verdadera influencia en la fe de los demás podemos poner, sin duda, la prioridad de la evangelización de la familia. La familia va a tener una gran repercusión e influencia en la evangelización de otras personas y sectores de la sociedad actual como son los hijos, los jóvenes y las nuevas familias que se vayan formando.

La familia, que tiene repercusión en todos los que la componen, está pidiendo a gritos, hoy, una auténtica evangelización de la misma y todos los esfuerzos necesarios para lograrlo, pues se ha descristianizado y no cumple la gran misión que tiene encomendada, como base, colum-

na y fundamento de la evangelización de todos sus integrantes.

Por eso, la dedicación y esfuerzo a evangelizar la familia debe de ser una de nuestras prioridades principales en nuestra pastoral, porque cuando esta falla, se hace mucho más difícil, por no decir imposible, una verdadera evangelización de cuantos la componen.

Este discernimiento de prioridades y la opción preferente por ellas en el quehacer pastoral debe llevar a no seguir haciendo lo mismo de siempre sin discernimiento alguno, sino a realizarlo para distinguir aquello que dentro de nuestra tarea pastoral tiene un auténtico valor evangelizador y aquello que no lo tiene o lo tiene con menos fuerza.

Este discernimiento de prioridades debe llevarnos a pararnos como parroquia, arciprestazgo y diócesis; y comprobar cuáles son las acciones que promueven el encuentro con Jesucristo y la conversión de vida, según el modelo que Cristo nos ofrece, para priorizarlas.

Así tendremos el convencimiento de que nuestra acción evangelizadora es algo que está al servicio de lograr, en ella y por ella, verdaderos discípulos y seguidores de Jesús y verdaderos misioneros, mensajeros y testigos de dicha vida y mensaje para los demás.

9. Ante un mundo y una sociedad tan cambiada; ante un ser humano que reacciona ante otros mensajes y, ante el mensaje cristiano, se muestra indiferente; y teniendo en cuenta la tarea que Jesús ha dejado en nuestras manos y la manera y el estilo de proceder del mismo Cristo como modelo de evangelizador, todo ello nos está pidiendo claramente una necesidad importante para nosotros, de la que somos conscientes en teoría, pero que en la práctica nos cuesta aceptar y, sobre todo, vivir: ser conscientes y estar convencidos de que estamos evangelizando desde la cruz.

No podemos pretender desarrollar y vivir nuestra misión al margen de la cruz. Cristo la aceptó y vivió toda su vida ofreciéndola por la salvación del mundo y eso le costó la muerte.

Nosotros no podemos soñar con una evangelización de este mundo y de este hombre al que hemos sido enviados a evangelizar, sin llevar siempre con nosotros a nuestros hombros la cruz: la cruz de que las cosas no sean como a nosotros nos gustaría que fueran; la cruz de la incompreensión de los hombres de nuestro tiempo; la cruz de nuestras incapacidades, de nuestras limitaciones; la cruz de querer conseguir frutos inmediatos y no verlos enseguida, sino que, como el labrador, tenemos que dejar tiempo para que se pudra la semilla y germine llena de fruto; la cruz de tener que comprender que lo nuestro es

sembrar y que es el Señor quien tiene que hacerlo fructificar. Tantas y tantas cruces que a veces sentimos que pesan mucho, demasiado en nosotros, que nos desaniman y paralizan.

Nosotros, muchas veces en nuestra vida de evangelizadores sentimos la tentación de querer serlo manteniendo una prudente distancia de las llagas del Señor. El Señor espera de nosotros que renunciemos a buscar esos cobertizos personales y dejar que la vida se nos complique maravillosamente.

Estamos llamados a descubrir nuestro puesto como pastores caminando delante del rebaño que se nos ha confiado, lo cual tantas veces nos resulta duro porque no encontramos el modo adecuado para que ellos nos sigan. Estando en medio del rebaño, contemplando de cerca la vida de los demás llena de sufrimientos, sin la conciencia de un Dios que les quiere y camina a su lado interesándose por ellos, esto también nos hace sufrir. Caminando detrás del rebaño, animando sus desánimos y dando esperanza para seguir adelante y, para ello, sentimos el deficiente ánimo y la poca esperanza que a veces tenemos nosotros, porque nos resistimos a llevar la cruz que conlleva la evangelización, ayudar a los hombres y mujeres de hoy a que se encuentren con el Señor y le sigan, y nos negamos a sentirnos felices cuando nos insulten y persigan por hacer presente el reino de Dios.

A modo de conclusión

No he pretendido nada más que expresar lo que llevo muy dentro del corazón. No sé si cuando lo leáis os va a ayudar a vivir vuestra misión de evangelizadores con un nuevo estilo y con un nuevo ardor.

A mí sí que me ha servido y me servirá para meditar, cada día un poco, en todas estas necesidades que he dejado fluir espontáneamente del corazón. Y para examinar en qué medida todo esto que pienso y de lo que estoy convencido lo estoy viviendo, qué vivo y qué me falta, para pedirle al supremo evangelizador, Jesús, que nos ayude a todos a mirarle a Él, porque en su estilo y en su vida vamos a encontrar siempre la fuerza que a veces sentimos que nos falta y que solo él puede ayudarnos a conseguir y vivir.

Que santa María, la Virgen, que tan maravillosamente cumplió en todo momento su misión e hizo realidad en su vida el proyecto de Dios sobre ella para la salvación del hombre, nos ayude a todos a cumplir nuestra misión sin miedos, con coraje, con ardor y esperanza, sabiendo que detrás de nuestros esfuerzos y entrega, está siempre la mano de su Hijo, que nos da sentido a todo.

† Gerardo Melgar Viciosa,
obispo Prior de Ciudad Real



SUFFICIT TIBI GRATIA MEA